

Bernhard Schlink

Mentiras de verano

Traducción de Txaro Santoro



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Sommerlügen
© Diogenes Verlag AG
Zúrich, 2010

*Traducido con la ayuda del  GOETHE
INSTITUT, financiado
por el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «Desnudo sentado con cojines», August Macke, 1911
Museo Wilhelm Lehmbruck, Duisburg

Primera edición: abril 2012

© De la traducción, Txaro Santoro, 2012
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7835-6
Depósito Legal: B. 6975-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

TEMPORADA BAJA

1

Tuvieron que separarse frente al control de equipajes, pero como en aquel pequeño aeropuerto todos los mostradores y los puestos de control se hallaban en el mismo recinto, pudo seguirla con la vista mientras ella colocaba la maleta en la cinta transportadora, atravesaba el arco detector, enseñaba su tarjeta de embarque y era conducida al avión. Él estaba justo detrás de la puerta de cristal que daba a la pista.

Tras cada uno de esos movimientos, ella se daba la vuelta y le saludaba con la mano. En la escalerilla del avión se volvió por última vez, sonrió y lloró, y se llevó la mano al corazón. Cuando desapareció en el interior del aparato, él siguió agitando la mano en dirección a las ventanillas, sin saber si ella lo seguiría viendo. Después, los motores se pusieron en marcha, los propulsores giraron, el avión rodó por la pista, fue acelerando y se elevó.

Su vuelo no salía hasta una hora más tarde. Fue a buscar un café y el periódico y se sentó en un banco. Desde que se conocieron no había vuelto a leer el periódico ni a tomar café él solo. Como al cabo de un cuarto de hora seguía sin haber leído ni una línea, pensó: me he olvidado de estar solo. La idea le gustó.

Hacía trece días que había llegado allí. La temporada alta había terminado y con ella, el buen tiempo. Llovía y se pasó la tarde con un libro en la terraza de su *bed & breakfast*. Al día siguiente, cuando, resignado al mal tiempo, paseaba bajo la lluvia por la playa en dirección al faro, se cruzó con aquella mujer, primero en el camino de ida y, después, en el de vuelta. Se sonrieron con curiosidad la primera vez y con algo más de confianza la segunda. Eran los únicos paseantes que se veían por allí, unos compañeros de alegrías y pesares que, aunque hubieran preferido gozar de un cielo claro y azul, disfrutaban de la suave lluvia.

Por la noche volvió a verla en la gran terraza del popular restaurante especializado en pescado, ya preparada para el otoño con cubierta y ventanas de plástico. Estaba sentada, con un vaso aún intacto y leyendo un libro. ¿Querría eso decir que aún no había cenado y que tampoco esperaba a su novio o marido? Se quedó indeciso en la puerta hasta que ella levantó la vista y le sonrió amablemente. Entonces se decidió, fue hasta su mesa y le preguntó si podía sentarse.

—Por supuesto —dijo ella, dejando a un lado el libro.

Se sentó y, como ella ya había estudiado la carta, le aconsejó qué pedir. Se decidió por el bacalao, que también ella había elegido. Luego, ninguno de los dos supo cómo iniciar la conversación. El libro no servía de ayuda: estaba colocado de tal modo que no veía el título. Por fin, él dijo:

—Unas vacaciones tardías en el Cape no están tan mal.

—¿Por el buen tiempo que hace? —dijo ella sonriendo.

¿Se estaría riendo de él? La contempló: no era guapa de cara, tenía los ojos demasiado pequeños y el mentón demasiado fuerte, pero su expresión no era burlona sino alegre y, quizá, un poquito insegura.

—Porque tienes toda la playa para ti, porque encuentras mesa en restaurantes en los que, en plena temporada, no la encontrarías y porque con pocas personas se está menos solo que con muchas.

—¿Viene usted siempre al final de la temporada?

—Es la primera vez que vengo. En realidad tendría que estar trabajando, pero este dedo no acaba de curarse y los ejercicios puedo hacerlos aquí igual que en Nueva York —dijo moviendo el dedo meñique de la mano izquierda, encogiéndolo y estirándolo.

Ella miró el meñique sorprendida.

—¿Para qué lo ejercita?

—Para tocar la flauta. Toco en una orquesta. ¿Y usted?

—Aprendí piano, pero lo toco muy de tarde en tarde —dijo ella ruborizándose—. Ay, pero no se refería usted a eso. De niña venía a menudo con mis padres y, a veces, tengo nostalgia. Cuando se termina la temporada es cuando el Cape tiene ese encanto que usted ha descrito. Todo está más vacío, más tranquilo... Y eso me gusta.

Él no le dijo que no podía permitirse disfrutar de sus vacaciones en plena temporada y supuso que a ella le ocurría lo mismo. Llevaba deportivas, vaqueros y una sudadera, y sobre el respaldo de la silla tenía una chaqueta impermeable desteñida. Cuando estudiaron juntos la carta de vinos, ella sugirió una botella de un Sauvignon blanco barato. Le habló de Los Ángeles, de su trabajo en una fundación que organizaba actividades teatrales con niños del gueto, de la vida sin inviernos, de la fuerza del océano Pacífico y de la intensidad del tráfico. Él le habló de la caída ocasionada por un cable mal colocado, a consecuencia de la cual se había roto el dedo, de la fractura de un brazo al saltar desde una ventana cuando tenía nueve años y de la fractura de una pierna cuando esquiaba, a los trece. Al principio estaban solos en

la terraza; luego llegaron varios clientes más y, después, volvieron a quedarse solos frente a la segunda botella de vino. Cuando miraron por la ventana, el mar y la playa se hallaban en total oscuridad. La lluvia tamborileaba sobre el tejado.

—¿Qué planes tiene para mañana?

—Ya sé que en el *bed & breakfast* está incluido el desayuno, pero ¿qué le parecería venir a desayunar a mi casa?

La acompañó a su casa. Bajo el paraguas ella se agarró de su brazo. No se dijeron nada. La casita estaba en la misma calle que su alojamiento, a unos dos kilómetros. Al llegar ante la puerta, la luz se encendió automáticamente y de pronto se vieron iluminados por una luz demasiado potente. Ella lo abrazó levemente y le dio un beso en el aire. Antes de que cerrara la puerta, él dijo:

—Me llamo Richard. ¿Cómo...?

—Yo, Susan.

3

Richard se despertó temprano, cruzó los brazos por detrás de la cabeza y escuchó el sonido de la lluvia sobre las hojas de los árboles y sobre la gravilla del camino. Le gustaba oír aquel susurro cadencioso y apaciguador, aunque no augurase nada bueno para el día. ¿Irían Susan y él, después del desayuno, a pasear por la playa o por el bosque que rodeaba el lago? ¿Irían en bicicleta? Él no había alquilado ningún coche y suponía que ella tampoco, lo cual reducía el radio de posibles actividades.

Encogió y estiró el meñique para tener que ejercitarlo menos más tarde. Tenía un poco de miedo. Si, después de desayunar, Susan y él iban a pasar realmente el día juntos,

iban a comer, o incluso a cocinar en casa de ella..., ¿qué pasaría después? ¿Tendría que acostarse con ella? ¿Tendría que demostrarle que ella era una mujer deseable y que él era un hombre ardiente? ¿Porque, de otro modo, a ella la ofendería y él se sentiría culpable? Hacía años que no se acostaba con una mujer. No se sentía especialmente ardiente y la noche anterior tampoco le había parecido que ella fuese especialmente deseable, aunque tenía muchas cosas que contar y que preguntar, escuchaba con atención, era animada e ingeniosa. El hecho de que antes de decir algo titubeara siempre un instante y de que, cuando se concentraba, cerrara los ojos, tenía su encanto. Despertaba su interés. ¿Y su deseo?

En la sala ya estaba preparado su desayuno, y como no quería defraudar al viejo matrimonio que le había preparado el zumo de naranja, los huevos revueltos y las tortitas, se sentó y empezó a comer. La mujer salía de la cocina a cada poco y le preguntaba si quería más café o más mantequilla, otra mermelada o fruta o yogur. Hasta que comprendió que lo que quería era charlar con él. Le preguntó desde cuándo vivía allí y ella posó la cafetera y se quedó de pie junto a la mesa. Hacía cuarenta años que su marido había recibido una pequeña herencia y se habían comprado la casa del Cape, en la que él pretendía escribir y ella pintar. Pero lo de escribir y pintar quedó en nada, y cuando los hijos se hicieron mayores y la herencia se agotó, convirtieron la casa en un *bed & breakfast*.

—Todo lo que quiera saber sobre el Cape, qué punto es el más bonito o dónde se come mejor, pregúntemelo a mí. Y, si piensa salir hoy..., tenga en cuenta que una playa sigue siendo una playa aunque llueva, y el bosque simplemente está mojado.

La niebla flotaba entre los árboles del bosque, ocultan-

do también las casas apartadas de la carretera. La casita en la que vivía Susan era una casa de guardeses, junto a la que una entrada de coches conducía hasta una casa grande, semioculta por la niebla y misteriosa. No había timbre, así que llamó con los nudillos. «Ya voy», oyó que decía ella a lo lejos. La oyó subir una escalera, cerrar una puerta y correr por un pasillo. Apareció frente a él sin aliento y con una botella de champán en la mano.

—Estaba en el sótano.

El champán volvió a producirle temor. Se vio con Susan sentado en el sofá, ante el fuego de la chimenea, con las copas en la mano. Ella iniciaba el acercamiento. Así estaba ya la cosa.

—¿Por qué te quedas ahí parado mirando? ¡Entra!

En la habitación grande que había junto a la cocina vio, en efecto, una chimenea con leña a un lado y un sofá delante. Susan había dispuesto el desayuno en la cocina y él volvió a beber zumo de naranja y a comer huevos revueltos y, después, ensalada de fruta con nueces.

—Estaba todo riquísimo, pero ahora tengo que salir a correr o a andar en bici o a nadar.

Al ver que ella dirigía la mirada con escepticismo a la lluvia que estaba cayendo, le explicó que ése era su segundo desayuno.

—Así que no querías defraudar a John y a Linda. ¡Qué encantador eres! —le dijo, con mirada complacida y llena de admiración—. Muy bien, ¿por qué no ir a nadar? ¿No tienes traje de baño? ¿Quieres...? —dijo con aire dubitativo, pero dando a entender que no le importaba. Metió unas toallas en una bolsa grande y añadió un paraguas, el champán y dos copas—. Podemos atravesar la finca, es más bonito y se llega antes.

Pasaron junto a la casa grande, un edificio con columnas altas y contraventanas cerradas que, también de cerca, resultaba misterioso. Subieron los amplios escalones hasta la terraza que había entre las columnas, rodearon la casa y se encontraron con la escalera que llevaba a la galería cubierta de la planta siguiente. La mirada, empañada por la niebla, llegaba desde allí hasta el mar grisáceo que se hallaba tras las dunas y la playa.

—Está muy tranquilo —susurró ella.

¿Lo veía a aquella distancia? ¿Lo oía? Había dejado de llover y, en medio de aquella profunda calma, a él también le apetecía sólo susurrar.

—¿Dónde están las gaviotas?

—Mar adentro. Cuando deja de llover, los gusanos salen de la tierra y los peces se acercan a la superficie.

—No me lo creo.

Ella se rió.

—¿No íbamos a nadar? —preguntó, y echó a correr tan deprisa y tan segura de cuál era el camino que él, cargado con la bolsa, no pudo seguir su ritmo. En la zona de las dunas la perdió de vista, y cuando llegó a la playa, ella ya estaba quitándose el segundo calcetín y echaba a correr hacia el agua. Cuando él se metió por fin, ella se había adentrado bastante.

El mar estaba, en efecto, muy tranquilo y le pareció frío sólo hasta que se puso a nadar. Luego le acarició el cuerpo desnudo. Nadó mar adentro hasta bastante lejos y se dejó mecer de espaldas. Susan nadaba crol más lejos aún. Cuando empezó a llover otra vez, disfrutó de las gotas que le caían en la cara.

La lluvia se hizo más densa y dejó de ver a Susan. La

llamó. Nadó en dirección adonde creía haberla visto por última vez y volvió a llamarla. Cuando se percató de que apenas veía la orilla, se dio la vuelta. No era un nadador rápido; se esforzaba, pero avanzaba despacio y aquella lentitud acrecentó su miedo transformándolo en pánico. ¿Cuánto tiempo aguantaría Susan? ¿Tenía el móvil en el bolsillo del pantalón? ¿Habría cobertura en la playa? ¿Dónde estaría la casa más cercana? No resistía el esfuerzo, avanzaba cada vez con mayor lentitud y un pánico creciente.

Luego, vio una figura pálida que salía del agua y se quedaba de pie en la playa. La rabia le dio fuerzas. ¿Cómo podía haber sido presa de tal miedo! Cuando ella le hizo señas con la mano, no contestó.

Al llegar, furioso, a su lado, ella le sonrió.

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? He pasado un miedo atroz cuando te he perdido de vista. ¿Por qué no has pasado cerca de mí al volver?

—No te he visto.

—¿Que no me has visto?

Ella se sonrojó.

—Soy bastante corta de vista.

De pronto, su enfado le pareció ridículo. Estaban uno frente a otro, desnudos, mojados, con el agua corriéndoles por las mejillas; ambos con la piel de gallina, temblando y calentándose el pecho con los brazos. Ella le miraba con aquella mirada vulnerable, escrutadora, que —ahora lo sabía— no revelaba inseguridad, sino únicamente miopía. Vio las venas azuladas que se transparentaban a través de su piel blanca y fina; el vello del pubis, rubio rojizo, aunque el pelo de la cabeza era rubio claro; su vientre plano y sus caderas estrechas, sus brazos y piernas fuertes. Se avergonzó de su propio cuerpo y metió la tripa.

—Siento haber sido grosero.

—No te preocupes, ha sido el miedo —dijo ella, volviendo a sonreírle.

Se sentía abochornado. Se volvió, señaló con la cabeza la zona de las dunas en la que estaban sus cosas, gritó «¡Vamos!» y echó a correr. Ella era más rápida y podría haberle adelantado sin esfuerzo, pero fue corriendo a su lado, lo que le recordó su niñez y el placer de correr junto con sus hermanas o sus amigos hacia un objetivo común. Vio sus pechos pequeños, que había estado protegiendo con los brazos mientras estaban en la playa, y su culito.

5

Su ropa estaba mojada, pero las toallas seguían secas dentro de la bolsa. Se envolvieron en ellas, se sentaron bajo el paraguas y bebieron champán.

Ella se recostó contra él.

—Háblame de ti. Desde el principio. Háblame de tu madre, de tu padre y de tus hermanos. ¿Has nacido en los Estados Unidos?

—No, en Berlín. Mis padres daban clases de música: él de piano, y ella de violín y viola. Éramos cuatro hermanos y a mí me llevaron al Conservatorio Superior de Música, aunque mis tres hermanas eran mucho mejores que yo, pero mi padre lo quiso así. No soportaba la idea de que yo fracasara como lo había hecho él. Así que fui al Conservatorio por él, me convertí en segundo flautista en la Filarmónica de Nueva York por él, y por él llegaré, algún día, a primer flautista de alguna otra buena orquesta.

—¿Viven aún tu padres?

—Mi padre murió hace siete años, y mi madre, el año pasado.

Ella se quedó pensativa y luego preguntó:

—Si no hubieras sido flautista por complacer a tu padre y hubieras hecho lo que te apetecía, ¿qué serías?

—No te rías de mí. Al morir mi padre y después mi madre, pensé que por fin era libre y podía hacer lo que quisiera. Pero ellos siguen ahí, dentro de mi cabeza, insistiendo. Tendría que marcharme fuera durante un año, lejos de la orquesta, lejos de la flauta; tendría que correr, nadar y meditar y, quizá, poner por escrito cómo me sentía en casa con mis padres y con mis hermanas para llegar a saber lo que quiero al acabar ese año. A pesar de todo, quizá fuese tocar la flauta.

—Yo, a veces, hubiera querido que alguien me insistiera. Mis padres tuvieron un accidente de coche y murieron cuando yo tenía doce años. A la tía con la que fui a vivir no le gustaban los niños. Tampoco sé si yo le gustaba a mi padre. Alguna vez dijo que tenía ganas de que me hiciera mayor para poder hacer cosas conmigo. Oír eso no es muy agradable.

—Lo siento. ¿Y cómo era tu madre?

—Muy guapa. Quería que yo fuera tan guapa como ella. Mi ropa era tan exquisita como la suya, y cuando me ayudaba a vestirme, era fantástica, cariñosa, tierna. Ella me habría enseñado cómo manejar a las amigas sarcásticas y a los amigos descarados. Pero tuve que aprenderlo todo yo sola.

Estaban los dos sentados bajo el paraguas, entregados a sus recuerdos. Como dos niños que se han perdido y anhelan volver a casa, pensó él. Le vinieron a la mente algunos de sus libros favoritos de la infancia, en los que niños y niñas se perdían y sobrevivían en cuevas o chozas, o eran raptados en un viaje y sometidos a esclavitud, o los secuestraban en Londres y les obligaban a mendigar y robar, o eran vendidos

en Tesino para trabajar como deshollinadores en Milán. Él se había afligido con aquellos niños por la pérdida de sus padres y había confiado en su retorno al hogar. Pero el atractivo de aquellas historias estaba en que los niños lograban arreglárselas sin sus padres y, cuando por fin volvían a casa, se habían emancipado de ellos. ¿Por qué es tan difícil ser autónomo si para ello no se necesita a nadie más que a uno mismo? Suspiró.

—¿Qué pasa?

—Nada —contestó él, rodeándola con su brazo.

—Has suspirado.

—Me gustaría haber avanzado más de lo que lo he hecho. Ella se acurrucó a su lado.

—Conozco ese sentimiento. Pero ¿no avanzamos a trompicones? Durante mucho tiempo no ocurre nada y, de repente, experimentamos una sorpresa, tenemos un encuentro, tomamos una decisión y ya no somos los mismos de antes.

—¿Que no somos los mismos de antes? Hace seis meses tuvimos una reunión de antiguos alumnos y los que en el colegio eran chicos buenos y simpáticos lo seguían siendo, y los hijos de puta continuaban siendo hijos de puta. A los demás les debió de pasar lo mismo conmigo. Aquello me impresionó. Uno trabaja en su persona, piensa que cambia y evoluciona, y los demás le reconocen de inmediato como el que siempre fue.

—Vosotros los europeos sois pesimistas. Venís del Viejo Mundo y no sois capaces de imaginaros que el mundo y las personas se renuevan.

—Vayamos a pasear por la playa. Ya casi no llueve.

Se anudaron las toallas alrededor del cuerpo y corrieron por la playa, al borde del mar. Iban descalzos y la arena, húmeda y fría, les producía un cosquilleo.

–No soy pesimista. Siempre confío en que mi vida va a mejorar.

–Yo también.

Cuando la lluvia volvió a arreciar, regresaron a casa de Susan. Estaban helados. Mientras Richard se duchaba, Susan bajó al sótano y puso en marcha la calefacción; mientras se duchaba Susan, Richard encendió el fuego en la chimenea. Llevaba puesta la bata que Susan conservaba de su padre: una bata roja, abrigada, de lana pesada y con forro de seda. Colgaron sus ropas para que se secaran y averiguaron cómo funcionaba el samovar que estaba sobre la repisa de la chimenea. Luego se sentaron en el sofá: ella, con las piernas cruzadas en un extremo, y él, arrodillado, en el extremo opuesto. Tomaron el té y se miraron.

–Seguramente podré ponerme la ropa dentro de poco.

–Quédate aquí. ¿Qué vas a hacer con esta lluvia? ¿Estar solo en tu habitación?

–Yo... –quiso objetar que no quería imponer su presencia, que no quería molestar y desbaratar los planes que ella tuviera para aquel día. Pero no era más que pura retórica. Notaba que a ella le gustaba su compañía. Podía verlo en la expresión de su rostro y oírlo en el tono de su voz. Le sonrió, de un modo cortés al principio y con timidez luego. ¿Qué hacer si la situación despertaba en Susan expectativas que no podía colmar? Pero Susan sacó un libro del montón de libros y periódicos que había junto al sofá y se puso a leer. Estaba allí sentada leyendo tan contenta, tan cómoda y tan distendida que él también empezó a relajarse. Buscó y encontró un libro que le interesó, pero no se puso a leerlo, sino a observar cómo lo hacía ella. Hasta que la vio levantar la vista y sonreírle. Le devolvió la sonrisa, ya relajado del todo, y se sumergió en la lectura.